

A MODO DE PRÓLOGO

Los estudios históricos científico-médico-farmacéuticos, son poliédricos.

Los hay dedicados al análisis interno de la evolución de sus materias, como si el pensamiento fuera una flecha que avanzase imperturbable por un platónico universo plácido, por encima de cualquier contingencia humana. Suelen andar permanentemente en busca de sus lectores, aunque si el autor es conocido, generalmente por causas ajenas a su actividad intelectual, pueden llegar a tener éxito.

Los hay, también, que tienen en cuenta las condiciones sociales, políticas y económicas del periodo histórico en que se desarrollan. Suelen tener mayor ascendiente sobre los intelectuales, porque amplían su abanico de intereses y por tanto pueden contactar con los de más lectores.

Dentro de los ensayos puramente médico-farmacéuticos, se adscriban a la primera o a la segunda categoría, los hay también de muchos tipos.

En la actualidad triunfan (relativamente, claro) en las librerías los textos dedicados a analizar las patologías de dirigentes con una alto grado de incidencia en la Historia de la Humanidad; los personajes estudiados pueden ser actuales o no y los estudios se hacen sobre su salud física o mental.

En este caso las valoraciones son diversas y, a menudo, paradójicas.

El desvelo de las historias médicas o del historial farmacológico de personajes recién fallecidos, a cargo de los médicos que los trataron, me parece una desvergüenza, contraria a la consideración ética del secreto médico y, en muchas ocasiones, rayana con la conculcación de las leyes que, en muchas naciones, lo regulan.

Por el contrario, las interpretaciones sobre patología física o mental, presente o pasada, sin la presencia de las historias médicas, me parece, simplemente, un vano ejercicio erudito para hacer historia-ficción.

A esto, además, debe añadirse que este tipo de estudios no debería incidir en la interpretación global de los personajes pues, como diría Albert Camus, *todos los hombres mueren sin ser felices*. Es decir, la condición humana, fijada por su fragilidad, vulnerabilidad y fugacidad, no puede ser permanente coartada de la maldad individual o colectiva, aunque la evolución de las condiciones físicas y psíquicas de cada cual, ayudan a comprender sus acciones.

Pese a todo lo dicho, si en nuestra investigación histórica topamos con este tipo de materiales, pasados los años suficientes marcados por las disposiciones legales, y los ignoramos —muchas veces por incapacidad técnica para afrontarlos— o no tomamos en consideración los trabajos de quienes pueden iluminarnos sobre estos temas, dejamos de lado una importantísima fuente de información.

El historiador, y con él el de la Ciencia, la Medicina y la Farmacia, debe efectuar los equilibrios de madurez necesarios para recibir la sonrisa de Jano y alejarse de su cara airada.

En el caso que me ocupa, la doctora Rosa Basante ha abordado la biografía de Doña Bárbara de Braganza desde la perspectiva médico farmacológica y desde una apasionada postura personal favorable a la Reina.

Se suele decir que los historiadores han de ser objetivos. Mejor sería que fuésemos honrados. No importa el apasionamiento y la ceguera parcial producida por el mismo, si no se oculta, pues mediante el mismo, el lector avisado puede observar aún más paradojas que las puestas de manifiesto por el más sutil de los analistas. Como decía, más que objetivo, el

historiador ha de ser honrado en sus planteamientos y leal en la exposición de los mismos ante los lectores.

De acuerdo con las corrientes más modernas, ocupadas en el análisis de las ceremonias de poder en las cortes antiguas, medievales o ilustradas, la autora analiza la vida en la corte española: los viajes a los reales sitios, continuidad de los efectuados por la dinastía Austriaca que, a su vez, reflejaban la vida peripatética de la misma hasta la llegada al poder de Felipe II. La pantagruélica alimentación, los entretenimientos, desde la caza hasta la pasión por la música, concretamente por la ópera y por alguno de sus intérpretes y dentro de esas ceremonias de poder, no precisamente la de menor valor, incluye la organización médico-farmacéutica.

En una sociedad con una terrible impotencia sanitaria, debida sobre todo a la incapacidad terapéutica, puesta de manifiesto constantemente por nuestros clásicos y los europeos, el despliegue tan imponente de medios y la exquisitez de los mismos, aunque su ineficacia técnica fuera tremenda, es una manifestación más de la estructura de poder puesta de a la vista de sus súbditos y del mundo por las cortes de los monarcas absolutos.

Si esto no fuera suficiente para justificar este tipo de trabajos y criticar a quienes sólo se fijan en otros elementos de poder «más nobles», el análisis farmacológico que se nos adjunta nos permite penetrar en el pensamiento de quienes lo recomendaban y lo utilizaban, con tanta o mayor agudeza que si estudiáramos sus someras bibliotecas, sus confesores, el tipo de sus amigos y sus costumbres. Cosa, por cierto que, en buena medida, también efectúa la autora.

Se nos habla aquí de la dieta viperina de la Reina. Puede tomarse por una peculiaridad de la corte española o importada de Portugal. Nada más lejos de la realidad. En la Italia contemporánea existe una amplia bibliografía sobre el tema y Madame de Sevigné, en sus cartas, nos habla de su costumbre de hacer lo mismo, junto a varias aristócratas francesas, todas crédulas, como la propia reina española, de que la «toxicidad relativa» de la carne de víbora, por un mecanismo de mágica atracción, recogería sus impurezas corporales y las mantendría jóvenes y sanas, comerían lo que comieran o vivieran como viviesen.

Si de magia hablamos, nos encontramos con un episodio de utilización de grasa humana —obtenida de un soldado extranjero muerto de

mano airada— para el real servicio. La medicina con residuos humanos, criticada duramente por Galeno, pero con persistencia en la terapéutica a través del cráneo humano, la sangre, la grasa e incluso la carne de momia, tiene su reflejo, al más alto nivel, en la ilustrada España.

Al lado de estos tratamientos nos encontramos con la misma tortura de purgas y sangrías que la aplicada al resto de los súbditos. Aunque algunos, en todas las épocas, creían observar mejoría con ellas, otros, como nos explica Casanova en sus memorias, cuando un médico y un cirujano le intentan sangrar, a raíz de una indigestión, coge sus pistolas y les dispara. Tal era la aversión producida en muchos ciudadanos y tal la incomodidad y el miedo sufrido.

No sólo eso, también la terapéutica de inmundicias como el caldo de lombrices o la mera superstición alejada de las creencias religiosas.

Cuando la muerte se acerca, los médicos pasan a un discreto segundo plano y llegan los sacerdotes para dar el consuelo espiritual propio de las creencias religiosas pero, de su mano o al menos con su consentimiento, aparecen las reliquias, tan utilizadas en la corte española, de manera continuada, desde los Austrias a los Borbones.

Entre ellas tenemos la famosa momia de Fray Diego de Alcalá.

Fue este un fraile con un cierto halo de santidad conocido de Felipe II. Le visitaba en su convento, hablaba con él y colocaba sus manos sobre las articulaciones del monarca, torturado por una gota que sus médicos trataban atiborrándole de carne pues, como era pequeño, le creían dotado de poco *húmedo radical*. Las manos del fraile, su presencia, tranquilizaban al monarca.

La primera aparición de su cadáver, tras su muerte, se produjo durante la enfermedad del Príncipe Carlos a raíz de su caída por unas escaleras en Aranjuez. Después de ser tratado por los mejores médicos de corte, entre ellos Vesalio, por algunos curanderos moriscos y por todos quienes pudieran saber algo, trajeron la momia embalsamada del recién fallecido Fray Diego y la acostaron con el Príncipe. De aquella caída sanó y Felipe II y su hijo trataron de conseguir, por todos los medios, la santidad del fraile, aunque el médico de Cámara, en la totalidad de sus infor-

mes se mantuvo firme en afirmar que era él y su ciencia quienes habían conseguido la curación, sin intervención divina alguna. Fray Diego se quedó sin ser santo, pero ocupó un lugar permanente en la cámara mortuoria de los Austrias y, como nos explica la autora, también en la de los Borbones.

En definitiva el poder acudía a cuanto estuviera en su mano, fuera lícito o menos lícito, formara parte del pensamiento científico o de la superstición, para tratar de conservar la vida.

En los momentos en que el ser humano se tropieza con su propia suerte fugaz, no se sabe si triunfa Asclepio o Hermes Trimegisto, el Dios de los cristianos o las tinieblas de la superstición inmemorial.

Con estos llamativos ejemplos trato de explicar como la autora, en este año en que una novelista triunfa con un relato sobre una costurera, coge el tejido de la historia, identifica los hilvanes, los pone del revés y nos permite observar las costuras con detenimiento.

Evidentemente es un libro escrito por una mujer, pero no exclusivamente femenino pues otros hemos intentado hacer algo similar con otros personajes y, además, encontramos francamente útiles este tipo de trabajos.

Se enfrentan ustedes a un libro de historia, sometido por tanto al rigor del método científico, pero además divertido, apasionado, curioso y, al parecer de quien lo prologa, útil.

Para saber cual es el estado de una vivienda hay que observar su apariencia y sus infraestructuras. Eso ha hecho la autora con un momento de la historia de España: ha mirado por el haz y por el envés, con delicadeza pero con decisión: las conclusiones están a su vista y serán producto de su propia inteligencia.

Pozuelo de Alarcón, marzo de 2011
Javier Puerto